

***ESTUDIOS***

## DOS MUJERES EN LA VIDA DEL CENTAURO ✓

Por ERMILA TROCONIS DE VERACOECHEA (U.C.V.)

En el largo transcurrir de la azarosa vida de José Antonio Páez, hubo dos mujeres que llenaron su vida sentimental y ellas fueron su esposa Dominga Ortiz y su amante, Barbarita Nieves.

Doña Dominga nació en Canaguá, un antiguo pueblo barinés, fundado por religiosos dominicos y el cual, en su época, tuvo importancia económica y social en la región: incluso llegó a ser asiento de un astillero, donde se construían embarcaciones.<sup>1</sup>

En 1850 Canaguá fue trasladado al sitio que ocupa en la actualidad, pero fue en el primitivo Canaguá, donde nació la que luego sería la esposa de José Antonio Páez, el día 1º de noviembre de 1792. Perteneció a una familia de hacendados y dueños de hatos y casas; fueron sus padres don Francisco de Paula Ortiz y doña Micaela Ursúa, apellidos de relieve en la sociedad barinesa.

Era usual que las jóvenes de entonces se casaran a muy tierna edad, cuando no ingresaban como novicias a un convento. Pero Dominga pareció no interesarse demasiado por la vida religiosa. A los 15 años, llena de optimismo y de ilusiones y con la gracia de la juventud, aunque no era una mujer bella, conoce a un joven de 17 años que llegó a la zona y se empleó como peón en el hato "La Calzada", cuyo propietario era un rico barinés llamado Manuel Antonio Pulido.

Dicho hato fue una "escuela de llanería"<sup>2</sup> para el joven forastero, quien era un "catire remendado", es decir, cabello claro pero ensortijado y con facciones toscas. Este catire Páez, como todos le llamaban, andaba huyendo de las autoridades cuando llegó a "La Calzada", en las vecindades de Canaguá.

El joven José Antonio Páez, había nacido en Curpa, cerca de Acarigua, del Cantón de Araure. En cierta oportunidad su madre le encargó una misión importante al pueblo de Cabudare, dándole algún dinero para el viaje. Al regreso fue asaltado por cuatro bandoleros. Para defenderse de este ataque, Páez disparó el arma que cargaba, matando a uno de los cuatro; los tres restantes se dieron a la

1. PRESBITERO DR. ENRIQUE MARÍA CASTRO. "Rasgos biográficos de algunos curas ejemplares de la antigua provincia de Barinas". Caracas, Imprenta de la Religión, 1890. Cf. VIRGILIO TOSTA. *La heroína Dominga Ortiz*, p. 5.
2. VIRGILIO TOSTA. *Op. cit.*, p. 7.

fuga. Enterada del hecho, la familia decidió que debía irse a otro sitio, para evitar ser detenido por la justicia. Tomó furtivamente el camino de Guanare para seguir a Barinas, pues su padre tenía allí un buen amigo: el acaudalado Manuel Antonio Pulido, a quien se lo recomendó.<sup>3</sup>

En la rudeza del llano el joven aprendió a herrar becerros, domar potros, atravesar ríos y dormir bajo las estrellas, lo cual fue curtiendo su piel y su alma para transformarlo más tarde en el gran centauro llanero.

Al poco tiempo Páez, acompañado del encargado del haro, llamado Manuélote, pasó a trabajar en otra finca del mismo Pulido, el haro denominado "El Pagüey", donde conoció personalmente al amo, quien desde ese momento le brindó su protección y apoyo. De peón lo ascendió a vendedor de su ganado, pues con su cautivante personalidad y amor al trabajo, el joven José Antonio en poco tiempo se había hecho merecedor de tal protección. El mismo Páez confiesa luego que en aquel tiempo adquirió bienes de fortuna que le permitieron, muy pronto, independizarse y dedicarse por su cuenta a la cría y venta de ganado.

En uno de sus frecuentes viajes a Canaguá, adonde iba a negociar ganado, conoció a la joven Dominga Ortiz, quien había quedado huérfana y heredera de una cuantiosa fortuna, condición nada despreciable para un joven trabajador, ambicioso y con deseos de triunfar en la vida.

Para Dominga, joven y huérfana, la figura de aquel "catire" fuerte y decidido, que le demostraba su amor llevándole serenatas y le estimulaba su orgullo de mujer, causó en ella un impacto que estremeció sus más sensibles fibras y sin muchos preámbulos aceptó el noviazgo.

El 1º de julio de 1809 contraen matrimonio bajo la bendición de fray José Simón Archila, quien era el sacerdote del pueblo y a la vez había sido amigo de la familia de la joven. Para ese entonces ella tenía 17 años y su novio, 19. La ceremonia tuvo por testigos, entre otros, a don Antenio y don Ambrosio Ursúa, parientes de la novia, quienes a la muerte de sus padres se habían transformado en sus protectores. Ambos vieron con agrado el matrimonio de Dominga con José Antonio, pues así estaría protegida y libre de los peligros que acechaban a una joven de su edad, que además era huérfana.

Este matrimonio va a cambiar radicalmente la situación del joven José Antonio, quien de un día para otro se ve dueño de tierras, casas y ganado. Aunque el propio Páez es cauto al decir en su testamento: "...cuando me casé no poseía yo bienes ningunos. Mi esposa, Dominga Ortiz, natural de Barinas, aportó al matrimonio un corto número de reses y bestias caballares, pero todas ellas, así como varias otras que yo había adquirido con mi industria, después de casado, fueron confiscadas en 1814 por el gobierno español..."<sup>4</sup>.

Sin embargo, a pesar de lo dicho por Páez, era notorio que los padres de

3. AMÉRICO BRICEÑO VALERO. "Hazañas, Proezas y Virtudes". En *José Antonio Páez visto por cinco historiadores*, pp. 20-21.

4. LUIS RAFAEL VISO. *Páez: hijo legítimo de esta tierra*, p. 24.

Doña Dominga le dejaron una herencia considerable, que unida a la laboriosidad de Páez, fueron los factores básicos de una cuantiosa fortuna.

La ternura de Doña Dominga hizo del hogar Páez-Ortiz un remanso de paz, propicio para el trabajo y la felicidad. Pero esta situación no duró mucho tiempo. La vida apacible en Canaguá muy pronto se vio turbada por la vorágine de la guerra.

Según palabras del propio Páez:

“En 1810 fuí llamado por primera vez al servicio en el ejército patriota y me alisté en el escuadrón de caballería que mandaba en Barinas Don Manuel Pulido”<sup>5</sup>.

El mismo Pulido que en un tiempo había sido el amo y señor de los hatos donde trabajaba Páez como peón, era ahora el Coronel Manuel Antonio Pulido, jefe de las caballerías barinesas. La Junta de Gobierno creada por los revolucionarios de Barinas confió el mando de sus milicias al hacendado Pulido, con el grado de Comandante de Caballería y éste le dió a Páez el cargo de Soldado de Caballería.<sup>6</sup>

En ese mismo momento, apenas un año después del feliz día de su matrimonio con el hombre que amaba, comienza el calvario de Doña Dominga. Las familias se van destruyendo al fragor de la guerra; las fortunas se desintegran a medida que los ejércitos arrasan hatos y haciendas. La paz ha concluido: sólo la guerra impera tanto en los llanos barineses como en otras regiones más distantes.

Así Doña Dominga, que había disfrutado de la bucólica paz de sus tierras, antes con sus padres y luego con su esposo, se ve de pronto envuelta en la barbarie y en la violenta guerra que comienza a arrasar con todo, menos con su orgullo y con su recia personalidad.

Doña Dominga, recién cumplidos los 21 años, pasa por una dura prueba, que afronta con valentía insospechada en una mujer de su crianza: Páez había sido hecho prisionero por los realistas, en 1813, por orden del jefe español apellidado Puy, quien había dado ya la orden de pasarlo por las armas. Alarmada y compungida Doña Dominga emprende el camino que separa a Canaguá de Barinas y al llegar a esta ciudad solicita hablar con el jefe realista. Había allí recluidos 115 individuos, cuyo único delito era su simpatía por la independencia, como luego lo escribe el mismo Páez.

Un guardia le permitió a Doña Dominga acercarse al sitio de reclusión donde estaba su esposo junto con el resto de los prisioneros, pero en ese mismo momento llega Puy, quien al verla la injurió y le ordenó retirarse, no sin antes amenazar de muerte al Cabo que la había conducido hasta allí.

Apenas sucedido este enojoso incidente, llegó un señor Ursúa, tío de Doña Dominga, quien pagó 600 pesos de fianza para que soltaran a Páez, lográndose así su libertad.

5. JOSÉ ANTONIO PÁEZ. *Autobiografía*, T. I, p. 25.

6. AMÉRICO BRICEÑO VALERO. *Op. cit.*, p. 29.

Páez y su esposa se dirigen a la casa que tenían en esa ciudad de Barinas, pues Páez no quiso abandonar la ciudad con la idea de rescatar a los otros prisioneros.

A los 15 días de este suceso vuelven a encarcelarlo por haber desarmado a una columna realista. Las órdenes de Puy eran que esa misma noche debía ser fusilado Páez, pero algo insólito ocurrió: se oyó un tiro de fusil hacia los lados del río Santo Domingo y a la pregunta del oficial Correa de "quién vive", alguien contestó: "La América libre, Soldados de la Muerte". Ante esto y por la confusión reinante, creyó Puy que se trataba de un gran número de patriotas que venían a atacarlo y olvidando dar muerte a los prisioneros, emprendió la retirada. Correa aseguró que era un ejército muy numeroso, pero luego nadie vió el tal ejército y por eso, más tarde, fue conocido el hecho como el día en que atacó el "ejército de las ánimas", lo cual le salvó la vida a Páez y a sus compañeros.

Luego se comentaba que había sido Doña Dominga, devota de las ánimas del purgatorio, quien había disparado el tiro de fusil y que las circunstancias hicieron que los españoles huyeran aterrorizados hacia San Fernando de Apure, por la vía de Canaguá.

Mucha gente en Barinas le atribuyó esto a una promesa ofrecida por Doña Dominga a las ánimas del purgatorio, que habían hecho aparecer un ejército salvador. Otras personas más incrédulas explicaron tal fenómeno diciendo que Doña Dominga o un enviado suyo había disparado un tiro de fusil que, en el silencio nocturno, alborotó a los garzones-soldados que habitaban las riberas del río Santo Domingo y que el ruido de las alas de cientos de aves, semejó el galope de los caballos.

También en Carabobo se salvó Páez milagrosamente, por la acción de un lancero de Boves llamado Antonio Martínez. Pero según una carta de Doña Dominga, el propio Páez, en su oportunidad, creyó en que las ánimas allí le habían salvado nuevamente la vida, aunque Páez en sus Memorias nos da otra versión.<sup>7</sup>

Fue Doña Dominga una fiel compañera de Páez en muchas de las batallas en las cuales participó e incluso ella ha sido considerada "la primera enfermera del ejército patriota"<sup>8</sup>. Muchas mujeres siguieron a sus hombres en las batallas. Doña Dominga fue una de ellas. Se trajeaban de hombres, cabalgando o caminando día y noche al lado de sus esposos o amantes, ayudando a los soldados y heridos y colaborando en las arduas tareas de enfermeras, cocineras y, sobre todo, samaritanas, al dar consuelo a los afligidos. Los lanceros de Páez la llamaban, con gran respecto, "la señora del jefe" y la admiraban como patriota y guerrillera. Ella estuvo en las patéticas emigraciones de Barinas, cuando las crueldades de los realistas hacían salir despavoridas a las familias barinesas.

Doña Dominga organizó en 1816, en Valle de La Pascua, un grupo de enfermeras para atender a los heridos de guerra.<sup>9</sup> Fue una de las muchas mujeres bari-

7. VIRGILIO TOSTA. *Op. cit.*, p. 14.

8. LUIS BELTRÁN GUERRERO. *José Antonio Páez: el misterioso alumno de la tierra*. Cf. VIRGILIO TOSTA, *Op. cit.*, p. 15.

9. ANTONIO REYES. "Dominga Ortiz y Barbarita Nieves". En *El Universal*, 19-02-73. Cf. VIRGILIO TOSTA, *Op. cit.*, p. 15.

neas que defendieron su patria y su libertad. En 1811 hubo una Representación de Damas Barinensas ofreciendo sus servicios al ejército patriota, entre ellas: Nicolasa Briceño, María Miyares, Concepción Briceño, Nicolasa Pumar y muchas otras.

Cuando en 1817 hubo una gran epidemia de fiebre que diezmó al ejército patriota, Doña Dominga fue el ángel tutelar que veló día y noche al lado de los enfermos, incluyendo a su propio esposo. Ella participó, siempre atenta y vigilante junto a los que sufrían, en las campañas de Mérida, con García de Sena, y en las de Casanare, Arauca y Apure, al lado de su marido. Cuando el Libertador llegó al Apure, en 1818, hizo público reconocimiento a la actividad valerosa y caritativa de la esposa de Páez, quien tuvo una actuación destacada en la gran batalla de Las Queseras del Medio.

Su carácter bondadoso y afable le ganó el cariño de las tropas. Durante las campañas del Apure, donde miles de civiles seguían a Páez, aterrados por las circunstancias y con la esperanza de seguridad para sus vidas, Doña Dominga desempeñó un importante papel. La presencia de hombres, mujeres y niños entorpecía la marcha del ejército y ella, con su entereza y bondad, se transformó en el centro de aquella gran familia que huía despavorida hacia sitios más seguros. Como además muchas de esas personas habían huido llevándose sus animales, como perros y vacas, aquello parecía una gran aldea que se movilizaba de un sitio a otro, de acuerdo con las necesidades. Y allí, en medio de ellos, estaba Doña Dominga, con su dulzura y sensibilidad social, prestando siempre su invaluable ayuda. Todos la admiraban y respetaban acatando sus órdenes y sugerencias. De noche se reunían alrededor de los endebles ranchos para pasar la velada diciendo cuentos o entonando canciones, todo ello por iniciativa de Doña Dominga que de esta manera trataba de levantarles el ánimo y mitigar sus tristezas.

Un gran observador inglés, el Capitán Vowell<sup>10</sup> pudo captar, en Cunaviche, la actitud de Páez hacia Doña Dominga, calificándola de “evidente frialdad y de reserva” hacia ella, lo cual pudo haber sido el comienzo del fin, pues poco tiempo después de producirse la batalla de Carabobo (1821) el rompimiento fue total y se produce entre los esposos una separación que llevará al caudillo por otros derroteros sentimentales.

La antigua Provincia de Barinas estaba formada por el territorio de los actuales Estados Barinas y Apure y la zona portuguesa de Guanarito, Boconó y Morrones, de allí que puede decirse que “La campaña de Carabobo arranca a Páez del ámbito barinés”,<sup>11</sup> y entre Valencia y Caracas se desarrollarán las futuras actividades del caudillo, de las cuales ya no participará Doña Dominga. Bien podría decirse que ella, por siempre, seguirá atada físicamente a su tierra barinense, aun cuando su corazón y sus sentimientos acompañaron al Centauro durante toda su vida, en los distintos y distantes escenarios en que actuó.

10. CAPITÁN VOWELL (Un oficial inglés). “Las Sabanas de Barinas” Cf. VIRGLIO TOSTA. *Op. cit.*, p. 18.

11. VIRGLIO TOSTA. *Op. cit.*, p. 20.

Existen muy diversas opiniones sobre el verdadero motivo del cambio sentimental de Páez hacia su esposa: hay quienes aseguran que fue en el momento en que conoció a la valenciana Barbarita Nieves, quien lo impactó definitivamente. Sin embargo, otra opinión muy valiosa pudiera tener mucho sentido: dice la periodista Ana Mercedes Pérez, refiriéndose a Páez: "Si nos detenemos serenamente en su transformación observamos que ella parte desde la llegada al llano de los Legionarios Británicos. Imponentes con sus uniformes gualda y rojo, azul y oro, llegaron los húsares a incorporarse a la vida dura del guerrero venezolano". Y continúa: "El General en jefe empieza a vislumbrar otros horizontes. Existe la gloria, otros países, otras mujeres. Su metamorfosis es espiritual, intelectual y física. Cuando vive en Valencia, antes de conocer a Barbarita, ya es un hombre distinto, cuidadoso de la buena confección de sus guerreras, de su apariencia impecable. Ha olvidado el garrasí. De allí en adelante su vida tosca y simple se tornará complicada bajo el susurro de la alabanza y la adulación".<sup>12</sup>

Es indudable que Páez, inteligente y perspicaz, tenía ciertas inquietudes espirituales que comprendía no podían estar limitadas al ámbito llanero y que con el correr del tiempo y el conocimiento de otras personas aumentaba su ambición de figurar en otros escenarios, muy alejados de aquéllos en que conoció a Doña Dominga, siendo un adolescente. Estaban muy distantes los días en que trabajaba como peón en aquel hatu llanero; ahora era un militar exitoso, a quien todos respetaban y algunos adulaban. Quizás veía en Doña Dominga el recuerdo de una época que él mismo quería olvidar. Además, los amores de adolescentes no siempre son eternos. La frialdad y el hastío habían sustituido aquel amor primaveral. De allí que cuando en Valencia conoce a Barbarita Nieves, muy poco quedaba ya de su amor por Dominga. Es una nueva etapa en su vida, cónsona con las nuevas alternativas que le deparaba el destino. Allí, en Valencia, se cierra una etapa de su vida para dar comienzo a otra. Es el final de su primer capítulo, del cual formaron parte el llano barinés, Dominga, sus hijos y familiares y amigos sinceros. De ahora en adelante, otras serán las circunstancias.

Entre Valencia y Caracas se situará el ámbito geográfico de sus nuevas actuaciones bélicas; Barbarita Nieves es el nuevo y apasionante amor de su segunda etapa, de su etapa de madurez, y los falsos e intrigantes pseudoamigos lo rodearán.

"Barbarita es blanca, esbelta, y la cabellera castaña le cae en cascada sobre las caderas".<sup>13</sup> Aunque otro autor nos dice que era "...morena, de finos ojos y pelo azabache".<sup>14</sup> Sea como haya sido físicamente, lo cierto es que cautivó al "catire" Páez.

La actitud de Páez hacia Barbarita queda muy bien descrita en esta frase: "Es un trofeo viviente arrebatado por su prestigio a los prejuicios de una sociedad que todavía suele mostrarsele esquiva y recalcitrante. y a él le gusta exhibirla como si se tratase de una cinta ganada en la gran coleada de la guerra".

12. ANA MERCEDES PÉREZ. *Las amadas de Páez*, p. 20.

13. RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ. *Guzmán, eclipse de una ambición de poder*. Cf. VIRGILIO TOSTA, *Op. cit.*, p. 20.

14. *Idem*.

Entretanto Doña Dominga, de apenas 30 años de edad, se recluye en su casa barinesa. Es el llano el único testigo de su inmenso dolor. A él recurre en sus momentos más tristes. Pero su orgullo no le permite inspirar compasión. Hasta el fin de sus días mantuvo un gran respeto y admiración por el padre de sus hijos, su primer y único amor. Supo llevar su desgracia con dignidad y altivez y jamás se le oyó un reproche hacia el esposo indiferente. Todo su amor y energía los volcó hacia sus dos hijos: Manuel Antonio y María del Rosario. Páez le había puesto a su hijo varón el nombre de aquél que lo recibió de adolescente, ayudándolo a vencer las dificultades de su juventud e inexperiencia.

Doña Dominga se dedicó a sus hijos y a sus hatos, tratando de salvar lo que le había quedado, después de aquellos primeros trágicos años de la guerra.

Con el tiempo, Manuel Antonio llegó a ser Doctor en Derecho, luego de haber realizado estudios en los Estados Unidos. La hija, María del Rosario, casó con Juan Llamozas Tovar, de la alta sociedad caraqueña.

Desde aquellos lejanos días de la Batalla de Carabobo, en que el Centauro comienza su vuelo ascendente, la vida de Doña Dominga transcurre sin grandes cambios; su casa, sus hatos, sus hijos, su llano, su dolor inmenso y sin consuelo.

En cambio él ha transitado velozmente el campo político: en 1830 realiza su sueño. (contrario al del Libertador) de ver separada Venezuela de la Gran Colombia; se produce la Cosiata y se transforma en el salvador de la patria. Lo nombran Presidente y llega a las alturas del poder, donde disfruta de sus prerrogativas en compañía de Barbarita. Jamás volvió a ocuparse de Doña Dominga, su abnegada esposa. Barbarita ocupa el sitio que, por ley, a ella le correspondía. La sociedad caraqueña, tan cerrada y quisquillosa, cierra los ojos ante tal ofensa a la dignidad femenina y la acepta para ejercer todas las funciones de Primera Dama, desde la residencia presidencial.

Es innegable que Barbarita, además de bella, era una mujer inteligente. No fue sólo la transitoria pasión por ella lo que mantuvo a Páez fiel a ese nuevo amor durante tanto tiempo. Barbarita era también una mujer culta que leía poemas, junto a Páez, en la intimidad de su alcoba; estudiaba los clásicos y cantaba con su magnífica voz de contralto. Páez no sólo la escuchaba embelesado, sino que la acompañaba con su varonil y bien timbrada voz de barítono. Su casa era un centro de cultura, donde se reunían las amistades para admirar a los anfitriones. Esas inquietudes espirituales de Páez, adormecidas durante el fragor de la guerra, habían despertado ahora al calor de la mujer amada, quien le estimulaba sus aptitudes artísticas. Junto a ella logró seguir ascendiendo en su roce social, en la brillantez de su inteligencia y en el mundo cultural. Antes había tenido esas aptitudes un tanto opacadas, por las circunstancias que rodearon su vida. Ahora, el medio ambiente y el estímulo de una mujer muy lista lo ayudaron a su realización personal. Ella colaboró en su transformación en un hombre de mundo, refinado y educado, admirado por la alta sociedad. Ella, bella, fina, elegante e inteligente, era la pareja adecuada.

Por estas circunstancias y sobre todo, por el amor que mutuamente se profesaban y exhibían con orgullo, fueron aceptados por todos, obviando el detalle de



que no estaban casados. Lo que en otra pareja hubiera sido un delito grave para la época, en la pareja presidencial era eso, sólo un detalle.

Ella ejercía sus funciones de Primera Dama sin limitación alguna y en cuanto a la política, su perspicacia le permitía hacer sugerencias que eran amorosamente acatadas por el Presidente que, además, se solazaba con sus opiniones políticas, a veces llenas de aciertos.

Por otra parte, los altos personeros del gobierno y sus legítimas esposas, aceptaban de buen grado la situación, en parte por temor al poder del mandatario y en parte por la forma inteligente como Barbarita manejaba las cuestiones privadas y oficiales. Era agasajada a menudo y su despierta actuación en sociedad le mereció los mejores elogios.

En 1839 Páez asume por segunda vez la presidencia de la República. En todos estos años de triunfos políticos y de agitada vida social, la pareja presidencial procrea cuatro hijos: María Antonia, Ursula, Sabás y Sofía. Cuatro nuevas ofensas para la esposa legítima, que aún llora silenciosa su desgracia allá en Barinas. Siempre callada, observando de lejos los avatares de la vida de su lejano esposo.

Pero toda esa alegría de los triunfos y saraos va a cesar cuando llega la mala hora en que su idolatrada Barbarita enferma y muere.

Era el año 1847 cuando Páez pasa por el dolor inmenso de ver morir a la mujer con quien vivió durante 27 años y quien le dio cuatro hijos, además de su gran amor. Fue un momento muy dramático en la vida del Centauro, que marcó para siempre el resto de su existencia. Largos años de soledad lo esperan y, aún así, ni un recuerdo para la esposa abandonada, quien sigue los acontecimientos desde su refugio llanero.

En una carta dirigida por Páez al Dr. Carlos Arvelo, médico eminente, le dice inconsolable, recordando a Barbarita: "Comprenderá sin dificultad el vacío que a dejado en mi casa su eterna ausencia. Sé que hay desgracias irremediables: por esto procuro soportar la mía y pido a Dios fuerzas para hacerme superior a ella".<sup>15</sup>

La buena suerte que siempre tuvo junto a Barbarita, parece declinar desde el momento de su muerte. Precisamente en 1847 comienza la hegemonía de los hermanos Monagas, sus declarados enemigos políticos.

Le confiscan los bienes a Páez y, olvidando el pueblo sus pasadas hazañas, lo tildan de asesino y de bandido.

Lo encierran en las bóvedas de La Guaira y desde allí es trasladado al Castillo de Cumaná. Triste circunstancia para un hombre recientemente golpeado por la adversidad. Cárcel y soledad. Recuerdos y tristezas. A pesar de su energía, es un hombre abatido por la desgracia.

Según dramática expresión de don Ramón Díaz Sánchez: "Se le encierra allí en un calabozo en cuyo piso de tierra se echa boca abajo el anciano para sorber

15. LUIS RAFAEL VISO. *Op. cit.*, p. 44.

el hilillo de aire que se cuela por la rendija del quicio. Su amargura no tiene límites".<sup>16</sup>

Y es en ese momento donde hace su aparición la antigua esposa abandonada y olvidada durante más de 27 años. La insigne y bondadosa Doña Dominga, no ya la adolescente de Canaguá, sino la matrona sufrida en la adversidad y respetada por todos, asume de nuevo su papel de esposa para interceder ante los Monagas en favor de su libertad. Tiene conocimiento de un memorial en que se pide la cabeza de Páez: allí está ella para defenderlo. La entrada de Doña Dominga a la cárcel de Cumaná es descrita por Díaz Sánchez con singular maestría: "No hay como estas horas de humillación para conocer el valor de los atributos del espíritu. Aquí conoce también el General Páez la abnegación de la mujer venezolana, representada esta vez por su abandonada esposa, doña Dominga Ortiz, de la que no había vuelto a saber desde los días de la Independencia. Nunca volvió a pensar en ella hasta este momento, en que la ve reaparecer evocando todo un mundo de empolvadas memorias. Doña Dominga sale de su retiro, cruza las pampas acompañada de su hija Rosario, llega a las costas y se lanza sin vacilar a los desconocidos caminos del mar para ir a hacer compañía al cautivo. Con su perfil resignado y sus pupilas turbias, parece decir a los hombres que la contemplan: "Ved, es en nosotras donde aún podéis buscar vosotros los héroes, vosotros los patricios, vosotros los vengadores, la lección de valor, de constancia y de abnegación que os falta para que vuestras palabras tengan algún significado en la vida. Ella es quien conduce la representación para los congresistas y quien acompaña al esposo al exilio. Irá con él hasta Saint Thomas y allí lo dejará en manos de su destino para volver, sola, a su refugio de olvido y de fidelidad".<sup>17</sup>

Páez, conmovido por aquella abnegación sin límites, trata de retenerla a su lado, pero ella dignamente le contesta que sólo ha ido a acompañarlo y a despedirlo como la madre de sus legítimos hijos, pero que entre ellos dos todo había terminado. Escondiendo las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos, le dio la espalda y regresó a su patria, regresó a su llano.

Páez quiso manifestarle, a última hora, el aprecio y admiración que, según él, siempre había sentido por ella y desde Nueva York le escribe una carta fechada el 6 de agosto de 1850 contándole todos los homenajes de que había sido objeto. Esta carta fue como un bálsamo para el corazón herido de Doña Dominga y fue tal su orgullo, que la hizo publicar por la prensa.

Otras mujeres pasaron transitoriamente por la vida del Centauro. Tuvo un hijo en una dama colombiana de apellido Ricaurte.

Doña Dominga siempre tuvo un gran celo para impedir que hijos ilegítimos del General llevaran su apellido. Sólo se lo permitió a Ramón Ricaurte, quien amparándose en la aceptación de Doña Dominga desde entonces se llamó Ramón Páez y llegó a ser el hijo predilecto del Centauro.

Sin embargo, en 1874, ya muerto su esposo, Doña Dominga tuvo que aclarar

16. RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ. *Guzmán, eclipse de una ambición de poder*. T. II, p. 37.

17. *Ibidem*, pp. 37-38.

públicamente que Ramón Páez era hijo del General, pero no de ella, por lo cual no podía aspirar a heredar al igual que sus dos legítimos hijos.

Fue tal el sufrimiento de Doña Dominga, durante toda su vida, que en su ancianidad tuvo que pasar por la vejación de solicitar del Congreso “la limosna de una pensión”,<sup>18</sup> por cuanto los bienes del General Páez nunca le fueron devueltos y tampoco los de ella, que como bien se sabía eran herencia familiar y no fruto de manejos políticos.

Según sus propias palabras ella era una “viuda, pobre, muy pobre, anciana y desvalida” que hizo del sufrimiento la razón de su vida: muy joven debió sufrir los avatares de la guerra, interviniendo en ella con espíritu cristiano para ayudar al prójimo; en su juventud, madurez y vejez sufrió moralmente el abandono del marido, a ella y a sus hijos y luego, en la ancianidad, la traición de los amigos, el desconocimiento a los inmensos sacrificios por la patria, tanto de su marido como de ella y, para colmo, la más triste pobreza material.

El General José Antonio Páez murió en Nueva York en mayo de 1873 y su viuda, la digna Doña Dominga Ortiz, falleció en Caracas el 31 de diciembre de 1875, a la avanzada edad de 83 años.

La vida de Doña Dominga Ortiz fue la más alta expresión de abnegación, fidelidad y constancia.

#### BIBLIOGRAFIA

- BRICEÑO VALERO, AMÉRICO. “Hazañas, Proezas y Virtudes” En *José Antonio Páez visto por cinco historiadores*. Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. N° 14. Caracas, 1973.
- DÍAZ SÁNCHEZ, RAMÓN. *Guzmán, eclipse de una ambición de poder*. 2 t. Colección Edime, 5a. ed. Caracas-Madrid, 1969.
- PÁEZ, JOSÉ ANTONIO. *Autobiografía*. 2 t. Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. N° 1. Caracas, 1973.
- PÉREZ, ANA MERCEDES. *Las amadas de Páez*. Monte Avila Edit. Caracas, 1973.
- TOSTA, VIRGILIO. *La heroína Dominga Ortiz*. Colección Temas barineses. Caracas, 1974.
- VISO, LUIS RAFAEL. *Páez: hijo legítimo de esta tierra*. Monte Avila Edit. Biblioteca Popular. Caracas, 1972.

---

18. ANA MERCEDES PÉREZ. *Op. cit.*, p. 27.